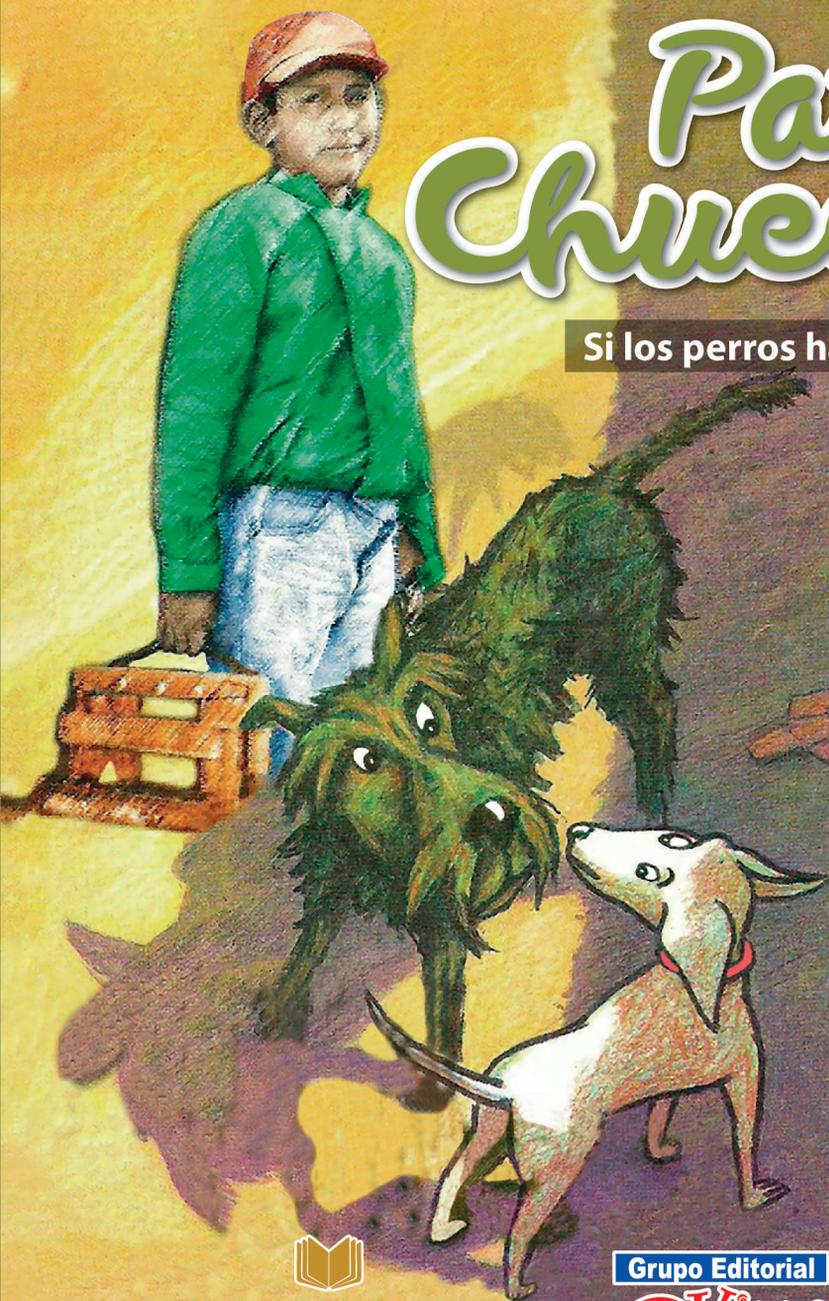


Stefan Gurtner

Pata Chueca

Si los perros hablaran...



los amigos del libro
LIBRERÍA EDITORIAL

Grupo Editorial

Kipus

Pata Chueca

Me pusieron el nombre de Pata Chueca porque por un golpe, una de mis patas delanteras quedó torcida. Mi pelaje que una vez fue negro, se tornó gris y desgredado por la edad y, desde que tengo memoria vivo en las calles de la gran ciudad.

No tenía amigos; y aún los perros más sucios y flacos, decían que yo era viejo y feo.

Los hombres que se sentían superiores a nosotros, me pateaban y gritaban. A mí todo me daba igual, me apartaba de su camino, y rondaba por las callejuelas en busca de comida.

Hacia el anochecer iba a los basurales porque a esa hora, los hombres botan todo lo que no pueden comer y no les sirve. De las muchas cosas que encontraba no tenía ni la más mínima idea para qué servían. Para mí lo más importante eran las sobras de comida, latas con carne en los bordes, espinas de pescado, pan duro y restos de verduras.

Me puse en camino temprano, ya que hay que trepar mucho por calles sucias y pendientes. Los basurales estaban arriba, en las afueras de la ciudad, en el altiplano, justo al pie de los nevados. La gente que allí vivía no parecía estar a la altura de los habitantes de la parte baja de la ciudad, a veces los

hombres eran tan flacos como nosotros los perros, sucios, miserables y abatidos. La ropa que los cubría era vieja y llena de remiendos. Muchas veces yo me preguntaba la razón. Creía que todo era como con los perros. Si teníamos suerte, alguien se ocupaba de nosotros, nos daba comida caliente tres veces al día, nos cepillaba el pelaje hasta dejarlo brillante y nos fricciónaba con un líquido que mata las pulgas. Entretanto nosotros engordábamos.

De no tener esa suerte, enflaquecíamos, nos enfermábamos y, claro está, así feos, ¡quién iba a querernos!

Esos hombres sin suerte iban, como nosotros, a los basurales a buscar comida.

Casi siempre llegaba ahí cuando ya había caído la noche. Era lindo mirar la ciudad desde la meseta, sobre todo cuando las luces comenzaban a encenderse. Puntos como estrellas en un cielo rosado y celeste que se extendía sobre el gran nevado.

La gente nos despreciaba porque no éramos capaces de hacer las mismas cosas que ellos y no teníamos su habilidad. Siempre tuve la sospecha, sin embargo, de que nosotros estábamos mejor que ellos; los veía siempre angustiados. Los perros, en cambio, podíamos sentarnos, lamernos las patas y observar el trajín o contemplar serenamente el

atardecer sobre la ciudad. Reconozco, nosotros actuábamos también movidos por el deseo de comer, pero no tan desesperadamente como los hombres. Ellos parecían tener siempre hambre.

El olor de las espinas de pescado en el hocico, hizo que dejara atrás las luces centelleantes de la ciudad y avanzara cojeando y cojeando con mi pata chueca.

Comenzó el frío, las noches aquí eran heladas y nos obligaban a acurrucarnos en cualquier rinconcito para no congelarnos.

El aire estaba lleno de humo. Corrí a las cuevas que construyen los hombres para refugiarse y dormir. En las laderas de la ciudad, eran sencillas, hechas de tierra. En comparación con las del centro, daban la impresión de miseria. Cuando llovía se desmoronaban una tras otra como en fila india.

Algunos perros que habían convivido con los hombres, contaban que en esas construcciones se dormía calentito. Incluso alguna gente hacía pequeñas cuevas para sus perros.

Por fin llegué al basural. Se me hacía agua la boca. Todo el día había tenido mala suerte; los hombres me habían tirado piedras y no huesos.

De las trémulas fogatas salía humo negro. Los hombres hurgaban la basura con largos palos.

La verdad es que no sabía por qué los hombres botaban tanta cosa. Eso es algo que nosotros, los perros, no podemos entender. Me hubiera gustado preguntarles, pero no entendía su idioma. La basura era llevada a fosas donde la quemaban después de que habíamos rastreado en busca de comida. Lo que más me gustaba eran las espinas de pescado. A veces había tantas que uno podía revolcarse en ellas.

Eran muchos los perros que venían aquí, toda una jauría. Nosotros rasgábamos las bolsas y rompíamos las cajas con el hocico, nos peléabamos por las mejores presas, nos mordíamos y rasguñábamos y nos abríamos campo a empujones. A mí nadie me molestaba pues por mi edad era respetado. Únicamente esquivaba a los hombres que llevaban palos, con los cuales podían pegarnos, también nos lanzaban piedras si nos acercábamos mucho. Además de los hombres y de nosotros, había en los basurales unos grandes pájaros negros. Pero como eran más pequeños que nosotros, se alejaban cuando nos acercábamos, protestando y dando brinco. Era nuestra hora; en lo alto de la ciudad, bajo las estrellas centelleantes en un cielo que comenzaba a palidecer. Crujidos y más crujidos. Huesos que crepitaban. Fogatas flameantes. En nuestro afán no sentíamos el frío que era cada vez peor. Para muchos de nosotros, era ésa la única comida del día.

La noche en la que comienza mi historia, se produjo de repente un barullo. Todos los perros empezaron a ladrar y corrieron en la misma dirección. Los pájaros negros huyeron despavoridos. Con los últimos rayos de luz logré ver algo blanco y pequeño que huía gimiendo en medio de los mastines rabiosos, sorteando la basura y perdiéndose en la oscuridad. La jauría lo perseguía aullando.

Los seguí con la mirada mientras relamía un espinazo especialmente sabroso. Estaba yo demasiado viejo para espantar a los intrusos. De eso que se ocupen los más jóvenes. Cada perro tenía su sitio en el basural; teníamos normas rigurosas. Me pareció, sin embargo, que no se trataba de un intruso cualquiera. ¡Tan blanco y pequeño!

Cuando los perseguidores volvieron refunfuñando, cogí la espina entre los dientes y me fui en busca del blanco chiquitín. Tenía que ser un perro-humano. Así llamábamos a los perros que convivían con los hombres.

Pronto oscureció y quedó todo en calma. Pasé a lo largo de una hilera de miserables construcciones habitadas por gente pobre. En los charcos se reflejaban, brillantes, las estrellas.

Olisqueé el aire con el hocico. Por aquí tenía que estar el blanquito. Paré las orejas. Lentamente seguí avanzando. Sentí que algo se movía, oí el rasqueteo

de unas patas. Sorprendí al pequeño pegado al suelo detrás de un promontorio de tierra. Yo ya no veía muy bien, pero pronto me di cuenta de que mi primera impresión no me había engañado. Era un perro extraordinariamente lindo, blanco y pequeño.

–No tengas miedo –ladré–. No te haré nada.

Él saltó dando un agudo gemido.

–¿Quién... quién eres tú?

–Te traje una espina de pescado ¿Tienes hambre?

–le pregunté.

–Una espina de pescado... estoy acostumbrado a otras cosas –repuso el pequeño atrevido.

Me quedé mudo. Hacía mucho tiempo que no hablaba con otro perro. La espina se me resbaló de entre los dientes.

Cuidadosamente acerqué mi hocico al suyo, pero él se dio la vuelta como si yo le diera asco.

–No te hice nada –refunfuñé. –Te vi huyendo y pensé que tal vez necesitarías ayuda.

A pesar de la oscuridad, noté que me miraba y me di cuenta de que estaba temblando. Soplaba un viento helado.

–No tengas miedo –le repetí.

–¿Y de cómo sé que puedo confiar en ti? –me preguntó.

–¿Crees tú que yo me como a perritos pequeños y blancos? –le pregunté.

–No sé dónde hallar qué comer ni dónde dormir –lloriqueó.

–Come lo que te he traído –le respondí.

A la velocidad de un rayo pescó la espina del suelo y se la tragó de un solo bocado.

–¿Por qué haces esto? No son así los otros perros –balbuceó.

–Soy viejo. He visto muchas cosas. Conozco el hambre –repuse–. ¿Cuál es tu nombre?

–Dime simplemente Chiquitín. No sé cómo me llamaban los hombres, no los entiendo. ¿Y tú? ¿cómo te llamas?

–Para todos soy Pata Chueca –contesté y le señalé con el hocico la pata contrahecha.

Chiquitín se relamió el hocico y olfateó mi pata.

–¡Puf! ¡qué mal hueles! –dijo.

–Sí, huelo mal, nada puedo hacer para evitarlo –repuse–. Y te aseguro que a más tardar en unos cuantos días, apestarás tú también.

–¿Por qué tuvo que pasarme esto? –se lamentó.

–¿Pasarte qué? –pregunté. Pese a todo, me caía bien.

–Te lo contaré después.

Chiquitín tiritaba de frío. –¿Sabes tú dónde se puede dormir aquí?

–¡Por supuesto!

–Llévame contigo, te lo ruego –suplicó.

Ni se imaginaba dónde dormía yo. –Bien –le dije–. Sígueme.

Caminamos sin hablar en la oscuridad; una pareja desaparece. La caminata no fue larga ya que mi refugio no quedaba lejos del basural. Con mi pata chueca me era imposible emprender esa misma noche camino a la ciudad. Mi guarida estaba cerca a una de las cuevas levantadas por los hombres. Por alguna extraña razón nadie se acercaba allí; en una de las entradas había una concavidad en la que podía hacerme un ovillo y dormir sin que nadie me moleste.

–Aquí es donde duermo –dije.

–¿Aquí? ¿En esta cueva?

–No, ahí no se puede entrar, aquí, te digo, en este hueco.

–¿Cómo?

–Es cosa de ponerse cómodo, se puede nomás.

–¡Ni pensar! ¡Ni muerto! Ahí sí que no duermo –
gimió Chiquitín.

–Pues bien, búscate entonces algo más distinguido
–ladré y me acurruqué en mi hueco.

Comenzó a lloriquear, desesperado. No dije ni un
palabra más. Miró a su alrededor, se puso a dar
vueltas, olfateó el aire levantando el hocico, volvió
y husmeó el hueco, desconfiado.

–Peor es nada –masculló finalmente y se acomodó
muy pegado a mí.

–Así se está calentito –dije yo.

Chiquitín temblaba. Yo lo oía lloriquear. Se
acurrucó debajo de mí y yo puse mi hocico al lado
del suyo.

–Cuéntame, qué te pasó –le dije–. Así, te olvidas
del frío.

–Sí – dijo él–. Además, quizá puedas ayudarme.
Hoy es el día más negro de mi vida. Hasta esta
mañana vivía yo con los hombres y me iba bien.
Tenía mi propia cuevita, con una frazada suave
peluda, ahí estaba bien abrigado. Tres veces al
día me ponían comida caliente a la entrada de mi
cueva, y durante el día yo no hacía otra cosa que
dormir, comer, y jugar con los niños de los hombres
y ladrar si algún extraño asomaba; esto es lo que
hacen todos los perros que viven con la gente.

–Nosotros queremos a los hombres que nos tratan bien –dije pensativo–. ¡Cuánto me hubiera gustado tener a mos que se ocupen de mí!... pero desde un principio fui sucio y feo.

–Sí, ellos lavaban mi pelaje con un polvo ¡olía tan bien! Me cargaban. Me levantaban en brazos y me daban golosinas. En días especialmente fríos podía entrar a la cueva de mi gente y dormir con ellos y...

–Cállate.

–Pero si tú me pediste que te cuente –protestó Chiquitín–. Y realmente se me pasó el frío.

–Entonces sigue contando –gruñí–.

Me dolía la cabeza, y de pronto me vino un gran cansancio. Nadie, sino yo, me había endosado a Chiquitín y ahora tenía que aguantarlo.

Se calló por un rato, yo oía su respiración, pero no se movía.

Entonces exhaló profundamente y dijo: –Hasta hoy en la mañana, en que todo cambió.

No repuse nada. Mi hocico estaba pegado al suyo, todo plano.

–Esa perrita chiquita y bonita es la culpable de todo –gimió–. Pasaba por nuestra entrada y movió la cola de una manera tan seductora, que no me pude resistir. Era blanca como la nieve, con unas manchas oscuras, y orejas largas, negras y sedosas...

Pata Chueca fue publicado por primera vez y con mucho éxito en Alemania. Las editoriales Kipus y Los Amigos de Libro se congratulan de editar la traducción al español en su segunda edición.

Pata Chueca, un sabio y viejo perro callejero, vive en los basurales de El Alto y toma bajo su protección a Chiquitín, un perro de “buena familia” que, por una perrita moteada, abandonó su hogar. En busca de refugio, de comida y sobre todo de cariño se unen a cuatro niños lustrabotas, que viven en las calles de La Paz. Son testigos de su lucha por sobrevivir, trabajando, inhalando clefa y robando. Es una historia tejida con los hilos más crueles y los más tiernos de la vida, contada desde la perspectiva filosófica de Pata Chueca, quien al final de la historia llega a una conclusión...

Este libro, sin ninguna duda, toca uno de los grandes problemas de nuestra civilización. Ni miles de años de educación religiosa, ética y moral, ni en los breves momentos en que la sociedad se encuentra en trances progresistas, ni los avances tecnológicos, ni los esfuerzos de múltiples samaritanos, pudieron resolverlo; ni de los niños de la calle... ni de los perros.

Esta novela a menudo ha sido utilizada para la lectura en escuelas y colegios, por lo cual al final incluye una guía para profesores y alumnos.

ISBN: 978-9917-32-019-7



9 789917 320197